

SENTIDO Y ALCANCE DE

La *sangre inútil*, de Carmen García Bellver, es una novela que llegó a finalista en los escrutinios de los que salió el último Premio Planeta. (La novela galardonada entonces se llamaba *Equipaje de amor para la tierra*. Su autor, Rodrigo Rubio.) La *sangre inútil*, que por unos pocos votos no llegó a obtener el premio anual de la Editorial Planeta, nos llega ahora editada por las Publicaciones de la Caja de Ahorros del Sureste de España.

La *sangre inútil* es una novela interesante, lenta en su "tempo" narrativo, y que nos lleva de la mano a hablar de la novela sentimental. Porque sólo encuadrada en el género al que esta obra pertenece podríamos decir algo positivo y válido sobre ella.

Una literatura de una rancia tradición en novelística sentimental es la inglesa. Don Esteban Pujals, profesor de esta asignatura en la Universidad de Madrid, llega a considerarla sin dudar un momento, como un género de novela profundamente enraizado en el temperamento y en el talante literario de la Gran Bretaña. Según Pujals expresa en su recién publicada obra *Drama, pensamiento y poesía en la literatura inglesa*, este género narrativo encuentra su origen en Richardson y Fielding. Sintetiza ambas posibilidades, de modo genial y popularísimo, el gran novelista, victoriano por excelencia, Charles Dickens. Y tiene en su nómina fichas tan reveladoras e interesantes como Jane Austen, Mrs. Gaskell, las hermanas Brontë y George Eliot. Cada uno de estos autores, naturalmente, con sus factores individuantes propios y personalísimos. Pero todos ellos coincidiendo tangencialmente en lo costumbrista y lo familiar. Caigamos en la cuenta —dicho de pasada porque alguna reflexión más pausada haremos más adelante sobre este detalle— de que la ma-

yoría de esos escritores recién mencionados no son autores, sino autoras. El dato es sintomático y sumamente significativo.

La *sangre inútil* es un buen ejemplo de este género novelístico que ampliamente llamamos sentimental. Siempre dentro de este contexto pensamos analizarla porque cuanto digamos sobre ella trascenderá sin duda alguna lo estrictamente individual de la alusión. Si se nos permite decirlo, esta novela de Carmen García Bellver no es sino uno más de los eslabones literarios que en la cadena histórica española tiene una de sus primeras manifestaciones en la novela bizantina, se continúa en el siglo de oro, alcanza su apogeo en el romanticismo y tiene sus prolongaciones evidentes en un cierto sector de la novelística actual.

La primera de las características del género del que hablamos es su profunda subjetividad. Naturalmente, en este aspecto, este género de novelística de hondas raíces y tradición es la antítesis de la novela objetivista de nuestros días, del behaviorismo y de la asepsia narrativa a que nos tienen acostumbrados novelistas de vanguardia. Pero, naturalmente, el ejemplo pretende simplemente ayudar a definir *La sangre inútil* precisamente por contraste. Eso es lo que esta novela "no es". Esta definición negativa nos ayudará sin duda a centrar el cariz del comentario, que debe estar acorde siempre con el género de novela que en cada caso concreto sea objeto de análisis. En cierto sentido, para juzgar obras de este tipo debemos "hacernos" sentimentales, juzgarlas desde dentro. Como muy acertadamente aseguraba el profesor López Aranguren en la introducción de su *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, "la lectura de ciertas poesías románticas sólo puede hacerse, si de veras se quiere 'comprenderlas', cuando se está

de temple melancólico, absorbo de los afanes de la realidad cotidiana, propicio a la nostalgia". Algo parecido puede asegurarse de este género de novela subjetiva, esencialmente personalista e introvertida. Otra cuestión será que temperamentalmente o por formación uno esté más o menos inclinado a aceptar como canon este tipo de creación. Pero es evidente en cualquier caso que esta norma literaria, al margen de gustos y preferencias, es tan válida como cualquiera otra.

Decía Ortega y Gasset, recordando a Flaubert, que "la forma sale del fondo como el calor del fuego". De ese fuego de subjetividad, recién analizado, surge espontáneamente en *La sangre inútil* la segunda de sus características literarias: su técnica narrativa de primera persona. Ninguna otra fórmula expresiva se compagina tan exactamente con ese matiz subjetivista recién comentado como este que Carmen García Bellver, con muy buen acierto, adopta para la marcha narrativa de sus personajes y su peripecia. Pedro Ledesma, el protagonista, narra en primera persona sus inquietudes y sus deseos, sus aventuras y también sus desventuras. Y junto a este aspecto que se compagina bien con este género de narración, la autora, por medio de estas reflexiones en voz alta que se suceden ininterrumpidamente a lo largo de la novela, recurre a otra figura literaria —por no llamarlo truco— que podemos definir en una sola palabra: el presagio. Presagios que, al lector más o menos habituado a otro tipo de creación novelesca, le resultan de dudosa calidad o se le antojan de excesiva facilidad. Pero que dentro de esta novelística sentimental en que hay que encuadrar *La sangre inútil* contribuyen, sin duda alguna, a conseguir los fines que la autora se propone. Presagio ya desde el título, porque esa

LA NOVELA SENTIMENTAL

sangre inútil de Pedro Ledesma resulta luego no tan inútil al encontrar en el hijo recién nacido —es la última página, casi la última línea de la novela— nuevo cauce en el que prolongarse. No, esta sangre, a fin de cuentas, no es tan inútil.

Y llegamos con esto a la tercera de las notas distintivas que nos parecen destacables tanto en la novela sentimental en general como en *La sangre inútil* en particular. Nos referimos a su minuciosidad "intrascendente". Veamos el sentido que le adjudicamos a la palabra entrecomillada, que es importante. Hablando del gran novelista inglés Graham Greene, decía Víctor de Pange en un excelente ensayo destinado a explicar su obra y que prologaba François Mauriac, que hoy día la novela y el teatro se han hecho profundamente trascendentales. Las convulsiones de la época que nos ha tocado vivir tienen su reflejo, como no podía por menos de suceder, en la literatura. Y ésta —la literatura contemporánea— se ha convertido en algo profundamente serio e importante. Porque no vivimos tiempos de frivolidad. Vivimos tiempos de angustia. La novela sentimental, ya desde Richardson y Fielding, es casi por definición costumbrista y familiar. De menudencia. Salpicada casi siempre —en el caso de Dickens el hecho es importantísimo— de cierto género de humorismo amable y benevolente. *La sangre inútil* no está salpicada —es cierto— de ningún género de humorismo. Sus tintes, más bien sombríos y pesimistas, quedan deliberadamente acentuados. Pero la minuciosidad analítica de su autora jamás trasciende un plano personalista y subjetivo, consecuencia obvia del género novelístico al que la novela es adscribible. Los propios pequeños problemas, familiares, localistas, de miras reducidísimas en su alcance, de Pedro Le-

desma y de cuantos le rodean. Una vez más, este factor podrá gustar o disgustar, más o menos podrá convencer o no. El cronista, personalmente, en modo alguno simpatiza con este tipo de creación literaria. Pero es de justicia, en cualquier caso, hacer constar que la autora es consecuente en sus actitudes y en sus realizaciones.

El cuarto aspecto de la novela sentimental, susceptible de ser analizado, se refiere a la problemática de la novela. Una problemática convertida en topicazos de la mejor especie por la novela de serial que tiene un ojo puesto en la capacidad lacrimógena de sus lectoras y el otro en los ingresos que se pueden deducir al fomentar el uso del pañuelo. Dramones del tipo de "Los hijos no se venden" o "El derecho de nacer", o esa serie infinita de novelas radiofónicas interminables que hoy, naturalmente, tienen su reflejo —juntamente con las novelas históricas, tan pesadas y tan absurdas— en la televisión. También *La sangre inútil* encaja en esto perfectamente dentro de la novela sentimental de que venimos hablando: desdichas amorosas, esterilidades mortificantes, deseos linajudos de continuar la especie, sospechas "sospechosas" en cuanto a la legitimidad de ciertos niños, noviazgos desgraciados e imposibles... Todo ello en un clima de buena seguridad burguesa donde el dinero o la situación económica jamás son cortapisas de ninguna clase para ningún género de problema.

Con cuanto queda dicho la conclusión sale sola: este género de novela sentimental tiene un productor nato, un cultivador por excelencia. Un creador que tiene género femenino: la mujer novelista. Desde *Pride and Prejudice*, de Jane Austen, hasta *La isla y los demonios*, de Carmen Laforet, desde *Jumbres borrascosas* hasta *Vendimia interrumpida*, desde *Cranford*

hasta *La sangre inútil*. Las hermanas Bronte, Mercedes Salisachs, Mrs. Gaskell, Carmen García Beller, Dolores Medio... Hay excepciones, naturalmente: uno citaría en nuestra esfera a Ana María Matute y a Elena Quiroga. Pero este género de novelística es género esencialmente femenino y feminista, es decir, escrito por mujeres y con destino a mujeres. Su minuciosidad de detalle, su sentimentalidad, su intrascendencia, su subjetivismo, su lirismo a veces un poco vacuo, su problemática familiar y femenina... En *La sangre inútil* es éste precisamente el único defecto serio, aun vista la novela desde dentro, que se le puede imputar a su autora, la única inconsecuencia expresiva que a uno le parece evidente por más que no sea éste el sitio de expresarlo detenidamente con textos. Porque aunque el protagonista sea literariamente un hombre, Pedro Ledesma, uno piensa que su manera de expresarse, de pensar y de razonar tiene efectivamente más de femenino que de masculino. Naturalmente, la aseveración sería prolija ahora demostrarla. En cualquier caso ésta ha sido la impresión que el cronista ha recibido de primera intención. Y, naturalmente, el cronista no dice más y estaría dispuesto, ante quien se lo demostrara, a confesar su error en caso de que éste fuera verdadero.

Estas son las observaciones que al socaire de *La sangre inútil* uno piensa que pueden hacerse sobre el sentido y alcance de la novela sentimental. Richardson y Fielding y Dickens y Jane Austen tienen sus continuadores. Que hoy, como entonces, son, fundamentalmente, continuadoras.

Juan José Coy, S. J.